

Algo

Edgardo

Adriana

(Se encuentra Edgardo ensayando una coreografía de danza contemporánea. Entra, por una de las puertas de la habitación, Adriana, y se queda mirando cómo baila Edgardo. En uno de los giros, Edgardo se da cuenta que está siendo observado por Adriana, y deja de bailar. Apaga la música fastidiado por la interrupción).

Edgardo —¿Quién es usted?

Adriana —Hola, disculpe... Yo soy Adriana. Buenos días.

Edgardo —¿Qué Adriana? ¿Qué hace usted acá?

Adriana —Ah, perdón. Soy la periodista. ¿No le avisaron?

Edgardo —¿Periodista de dónde? A mí no me avisaron nada.

Adriana —Ah, pensé que sí. Soy del diario local.

Edgardo —¿Del “Informador”?

Adriana —Sí, del Informador. Soy de la sección de cultura.

Edgardo —Mire qué bien. ¿Calculo que me querrá hacer una nota?

Adriana —Sí, si no es molestia... Veo que estaba ensayando.

Edgardo —Como bien dijo “estaba” ensayando, hasta que usted me interrumpió.

Adriana —Pero no se haga problema por mí, siga, siga, yo venga más tarde o mañana.

Edgardo —Pero... ¿cómo va a venir mañana?

Adriana —Ah, claro. Si vengo mañana no va a llegar a salir en el diario. Disculpe, estoy muy nerviosa.

Edgardo —¿Es nueva en esto usted?

Adriana —Más o menos. Hace cuatro años que trabajo para el diario.

Edgardo —Entonces no se puede decir que sea nueva.

Adriana —Y no, la verdad es que no.

Edgardo —(Suspira fastidiado). Tome asiento, por favor.

Adriana —Le juro que no le robo más de cinco minutitos.

Edgardo —¿Cinco minutitos? ¿Le parece que le va alcanzar, cinco minutitos, para entrevistar al mejor artista de la ciudad?

Adriana —No, no quise decir eso... Yo por mí estaría todo el día entrevistandoló.

Edgardo —Pero seguramente no puede, porque debe tener hijos que la esperan en su casa, o un esposo que trabaja todo el día, y espera la cena con ansiedad cada noche. ¿Me equivoco?

Adriana —Hijos tengo, pero soy divorciada.

Edgardo —Mire qué bien, qué moderna. No cualquiera tiene el valor para divorciarse en esta ciudad. Muchos tienen miedo al qué dirán, pero veo que usted no. La felicito, señorita periodista.

Adriana —Gracias.

Edgardo —(Sarcástico). ¿Podríamos empezar con la nota, si no le molesta?

Adriana —Sí, cómo no. (Ella saca un grabadorcito).

Edgardo —¿Me va a grabar con eso?

Adriana —Sí, claro, siempre hago así. Después lo transcribo a mano.

Edgardo —Me temo que conmigo va a tener que cambiar de técnica. No voy a permitir, que después, ande dando vueltas por internet, un audio con esta nota hecha por la señorita nadie.

Tengo que cuidar mi imagen, se dará cuenta...

Adriana —Está bien. ¿Entonces tomo nota?

Edgardo —Eso es lo que le recomiendo, a no ser que tenga una memoria prodigiosa.

Adriana —Está bien. (Saca papel y lapicera de la cartera). Listo.

Edgardo —Bueno. ¿Qué me quiere preguntar? Dele, dele, vamos.

Adriana —Sí, está bien. Bueno... Antes que nada, quisiéramos saber...

Edgardo —¿Quiénes quisieran saber?

Adriana —¿Cómo?

Edgardo —Usted está hablando en plural. Le pregunto por quién más habla, cuando pregunta, “quisiéramos saber”

Adriana —No sé..., por el público...

Edgardo —¡Y usted qué sabe lo que quiere el público!

Adriana —Es una manera de decir.

Edgardo —Usted es la clásica provinciana ignorante. Sinceramente me cae muy simpática.

Adriana —Yo estudié en Rosario.

Edgardo —¿Qué estudió en Rosario? ¿Periodismo?

Adriana —Sí, estudié...

Adriana —No me diga, no me diga, déjeme adivinar. Fue a una de esas escuelas privadas, y se la pagaron sus padres. ¿Es así?

Adriana —Sí, pero...

Edgardo —Pero... ¿qué?

Adriana —Yo aprendí igual.

Edgardo —(Burlándose) “Yo aprendí igual”. Sigamos con la entrevista, por favor. Dele, dele...

Adriana —(Pensando) A ver... Quería saber..., yo....

Edgardo —Muy bien....

Adriana — ... de quién fue la idea de traer su espectáculo, “El renacer de la nada”, a su ciudad natal.

Edgardo —Fue idea de mi productor. Le pareció que quedaba bien esto de volver a la ciudad natal, reconocer sus orígenes, encontrarse con su gente, y todas esas estupideces que tanto les gustan a esas señoras que leen revistas en la peluquería.

Adriana —(Un poco pasmada). Ajá. ¿Y a usted...

Edgardo —¿A mí qué?

Adriana —¿A usted qué le parece?

Edgardo —No sé. A mí no me convence del todo la idea. Me parece que la gente de esta ciudad no está a la altura de mi arte. No lo van a entender. Pero seguramente estará al tanto de que eso, generalmente, no hace falta... ya que parece que soy el orgullo de la ciudad; ellos ya son felices sólo con verme. Parece que funciona así el asunto: yo hago mi vida, hago mi camino, bailo en Europa, en Asia y de repente soy la cara del pueblo, soy el muchacho que salió de su ciudad al mundo... Cuando a mí, la verdad, nunca me importó un carajo esta ciudad.

Adriana —¿Hay alguna razón?

Edgardo —Mire..., de chico, siempre fui diferente, usted comprenderá. Y siempre se me hizo a un lado. Pero ahora que bailo en el extranjero, soy el hijo pródigo.

Adriana —Pero usted no comprende...

Edgardo —¿Qué cosa?

Adriana —Usted es nuestro representante, nuestro orgullo.

Edgardo —Nada de nuestro, el orgullo es mío solo. Todo esto es de un grado de hipocresía muy grande. Cuando yo era joven, y bailaba en esta ciudad, al diario nunca le importó... Y ahora usted está acá haciéndome una nota. Claro, pero en ese momento, cómo le iban a hacer una nota al puto anónimo ese... Ahora que soy un puto renombrado no les importa que sea puto. Ahora están orgullosos de este puto. ¿No es así? Pero si alguno de ustedes llega a tener un hijo puto... ¡Dios me libre y me guarde!

Adriana —No estaba al tanto de eso.

Edgardo —¿De qué no estaba al tanto? ¿De que era puto?

Adriana —No, digo... de que lo habían ignorado.

Edgardo —Usted no está al tanto de nada. Ni siquiera sé por qué les estoy hablando... Quizá porque soy educado... Quizá por cortesía. Quién sabe...

Adriana —Mire, Edgardo, yo no merezco que me trate así. Yo no le falté el respeto...

Edgardo —Usted me falta el respeto con su ignorancia. Me falta el respeto, viniendo en nombre de ese diario de ignorantes e hipócritas, que me dio la espalda durante años.

Adriana —Le dije que yo no sabía...

Edgardo —Ya sé que no sabía. ¿Qué le puedo pedir a usted? Terminemos con esto, de una vez. ¿Que más necesita saber?

Adriana —Quería que me cuente un poco sobre cómo se fue desarrollando su carrera desde que se fue de la ciudad.

Edgardo —Bueno, le cuento. Anote. (Se lo va diciendo a un ritmo que no le permite anotar). Resulta que yo era un joven talentosísimo, con un modo único de expresarse con su cuerpo a través de la música. Pero cada fracasado docente de danza, de esta ciudad, no lo podía ver. Así que me fui a capital federal donde reconocieron de inmediato mi talento, me perfeccioné, y colorín colorado... ¿Llegó a anotar todo?

Adriana —(Que se quedó en mitad de la anotación) No todo, pero...

Edgardo —¿Qué más necesita? ¿Fotos? ¿Necesita fotos?

Adriana —Sí, si no es molestia. (Saca una cámara barata de la cartera).

Edgardo —¿No me diga que usted también es la fotógrafa de la sección cultural?

Adriana —En verdad no hay fotógrafos, generalmente las sacamos nosotros.

Edgardo —¿Con esa cámara?

Adriana —Sí, saca bastante bien.

Edgardo —Bastante bien (ríe). ¿Usted se cree que me voy a dejar sacar fotos con eso? (Ella no responde). Guarde esa cámara. Le pido que busque fotos por Internet. Hay algunas muy buenas.

Adriana —¿No nos podríamos sacar una foto, juntos?

Edgardo —¿Juntos?

Adriana —Sí, como recuerdo.

Edgardo —¿Después de cómo la estoy tratando, usted quiere sacarse una foto conmigo?

Adriana —Si no es molestia... Le juro por mis hijos que no la pongo en el diario.

Edgardo —Usted es un caso perdido.

Adriana —Es que yo lo admiro mucho.

Edgardo —(Dando por hecho la respuesta). Porque nací en su ciudad.

Adriana —No. Es que me parece un artista maravilloso. Yo siempre soñé con bailar.

Edgardo —¿Sí?

Adriana —Sí, pero me dijeron que no era buena.

Edgardo —¿Quién se lo dijo?

Adriana —Eh... (Duda en decirlo).

Edgardo —Diga, diga...

Adriana —Gaspar Di Loreto.

Edgardo —¿Gaspar Di Loreto? (Ríe). Pero ese tipo no sabe nada de danza. (No lo puede creer). ¡Gaspar Di Loreto! Ese tipo nunca pudo ni siquiera pestañar con pasión. Gaspar está muerto en vida. Todo su arte está vacío. No me diga que aún sigue enseñando danza...

Adriana —Sí, sigue.

Edgardo —¿Dios que imbécil! ¿Y porque cayó en manos de ese retardado rítmico?

Adriana —Porque es mi padre.

Edgardo —¿Usted es la hija de Gaspar?

Adriana —Sí, soy la hija.

Edgardo —Ah, no. Le pido que se vaya por favor. Usted lleva mierda en la sangre. ¡Mierda!

Adriana —¿Cómo me va a decir eso?

Edgardo —Digo lo que quiero. No se olvide que usted es la que se metió en mi ensayo. Tengo derecho a decir lo que quiera.

Vayasé ya mismo.

Adriana —No me voy a ir, quiero que nos saquemos una foto.

Edgardo —¿Para qué mierda quiere esa foto?

Adriana —Ya le expliqué. Usted es un genio.

Edgardo —¿Un genio? (Suspira). Está bien. Pero antes quiero que me saque un par de fotos bailando. ¿Puede ser?

Adriana —(Emocionada). ¿En serio?

Edgardo —Sí, así se las muestra al fracasado de su padre. (Ella saca la cámara y él empieza a bailar. Nunca se queda quieto y ella trata de seguirlo. Ella ve que él no pare de moverse y las fotos le salen movidas).

Adriana —Hay muy poca luz acá. (Él sigue bailando).

Edgardo —Vamos, saque, saque...

Adriana —No podría quedarse en una pose, porque me salen movidas...

Edgardo —No. No puedo dejar de bailar. (Él tararea la música. De repente se acerca hasta ella y le saca la cámara de las manos). Abracemé.

Adriana —¿Qué?

Edgardo —(Gritando). Abracemé. (Ella lo abraza). ¿Siente mi corazón?

Adriana —Sí.

Edgardo —¿Lo siente?

Adriana —Sí, lo siento.

Edgardo —Fuerte carajo.

Adriana —Lo siento, lo siento.

Edgardo —(Él la abraza y la revolea bailando con las piernas por los aires). Bailemos, bailemos. ¿Se siente viva?

Adriana —Sí, sí. (Él la hace girar por todo el escenario mientras canta). Cante conmigo.

Edgardo —(Hasta que en un momento frena y en un movimiento la acuesta en el piso. Le habla muy cerca de la cara). ¿Y? ¿Qué se siente?

Adriana —(Emocionada). Es hermoso.

Edgardo —Le acabo de pasar un poco de mi vida a usted.  
¿Siente la energía?

Adriana —(Acostada en el piso). Sí, la siento.

Edgardo —¿La siente?

Adriana —Sí, mucho, por todo el cuerpo.

Edgardo —Bueno, eso es arte. No se confunda nunca. Que no la confunda su padre ni nadie. Cuando usted sienta eso que está sintiendo ahora, será una verdadera artista. ¿Comprendió?

Adriana —Sí. (Se miran). ¿Me besaría?

Edgardo —(Sonriendo). Usted es una verdadera abusadora.

Adriana —Perdone, pero usted es increíble.

Edgardo —Ya puede irse.

Adriana —¿Ya?

Edgardo —Sí.

Adriana —¿Me devuelve la cámara?

Edgardo —No, ahora la cámara es mía. Me la quedo a cambio de la energía que le di.

Adriana —¿Me está hablando en serio?

Edgardo —Sí, quiero un recuerdo suyo. Yo no le entrego mi energía a cualquiera.

Adriana —Está bien, me parece bien.

Edgardo —Ahora vayasé.

Adriana —¿Me tengo que ir?

Edgardo —Sí, vayasé, no sea abusiva. Necesito descansar.  
Adriana —Voy a estar en primera fila.  
Edgardo —No me saque fotos.  
Adriana —¿No?  
Edgardo —No.  
Adriana —Está bien. (Silencio). Lo amo.  
Edgardo —Ya lo sé.  
Adriana —Lo amo con todo mi corazón  
Edgardo —Todos me aman. Y sé que lo merezco. Vayasé, nos vemos esta noche.  
Adriana —Hasta luego, y gracias.  
Edgardo —Todavía es joven...  
Adriana —¿Cómo?  
Edgardo —Todavía puede, vayasé de esta ciudad. Usted tiene... algo.  
Adriana —¿Algo?  
Edgardo —Sí, algo.  
Adriana —Gracias, te amo Edgardo, te amo. (Se va veloz).  
Edgardo —(Él mira las fotos en la cámara y sonrío). Sí, tiene algo, tiene algo.